

VISITA CONTINUA

Martín Shinzato

*He almorzado solo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírmete, ni agua,
ni padre que, en el fecundo ofertorio
de los choclos, pregunte para su tardanza
de imagen, por los broches mayores del sonido.*
César Vallejo

La reputa madre que me parió, se levanta muy temprano, sigue oscuro y hace mucho más frío del que pueden soportar sus medias, se pone las botas pesadas y no se cambia de ropa; se va con lo mismo que ha dormido. No come, está apurado, solo atina a sacudirse el polvo imaginario del pelo, lamenta su suerte. Siente un agujero en su estómago que no lo deja ponerse de pie. Salta furioso, toma el pica-porte y abre la puerta decidido. No siente la llamada telefónica. La neblina entra insidiosa hasta el último rincón de la habitación, respira desmotivado, ve su aliento. Cruza el umbral, se queja, ¡la reputísima que me parió!

Llega a la puerta a probar suerte y no, no puedes entrar, entonces sale y busca doblando la esquina. Camina aprisa y tropieza con un ciego, se disculpa molesto, lo ve y siente pena por los anteojos negros. Trata de ayudarlo para no quedar mal, el otro le agradece. El ciego lo toma del brazo, lo lleva hasta la entrada del personal, ¿Quieres entrar?, este no se desprende, se inclina un poco, dudando si se acerca o no al vigilante y, ¡Este muchacho viene conmigo! Logran pasar, llegan hasta un desnivel para sillas de ruedas y se despiden. El ciego se va y ahora él empieza una marcha veloz. Baja, camina, piensa; en el sótano del Almenara se encuentra el hangar del infierno.

Las paredes son estrechas y hay miles de tuberías en el techo, a las justas si hay luz y una romería camina mascullando epifanías incomprensibles, él los siente y un escalofrío le recorre el cuerpo. Los rezos más sinceros no se dan en las iglesias, sino aquí, en los hospitales.

Más allá esquiva a un guardia, pasa sin mirarlo, guarda aliento, aparenta interés en las noticias pe-

gadas en la pared. Encuentra las escaleras de emergencia, sube una, dos y llega al tercer piso. Lee en un letrero que cuelga, oeste, este y toma la derecha, no habla, camina fingiendo seguridad.

Está bonito, las baldosas se ven finas y el color blanco le da un toque muy profesional, muy de medicina. Se da cuenta de que allí arriba hay otros que han entrado como él, con o sin permiso. Se acerca a un corredor por donde asoman las habitaciones. Una a una se acerca a las puertas y la busca, no está, no la encuentra. Sólo halla enfermos cansados de su rutina, tirados en sus camas con la mirada clavada en el techo, los ojos grises y opacos. Todos son así, qué mierda, como si la fuerza de la costumbre ya los hubiera subyugado. Y de repente, hijo, y él voltea, madre está saliendo del baño, la abraza, reconoce el pijama rosa que le compró. Ma, te estaba buscando, y es como si el resto desapareciera. Alrededor nada existe.

Te quiero, mucho mucho, pero ella se queja, le ha apretado demasiado y ha hecho lacerar su herida. Ella lo guía hasta la habitación de cuidados medios que comparte con otros postoperados. Su madre le cede su desayuno, ¿ya comiste?, y observa cómo su mamá trepa tristemente al catre. Se quedan recostada ella y parado él; no le dejan sentarse en la cama del paciente.

Ella coge un periódico, lo lee acuciosamente. El tiempo pasa y él busca qué contarle. Ha faltado a dos de sus exámenes, ha estropeado el resto y además, ¿qué me cuentas hijo?, entonces, me ha ido bien en mis finales, el primero vino difícil, pero como había estudiado lo hice bien, ¿el resto? relajado ma, sí, sí sabía, siempre me quedo estudiando en la universidad, ¿te acuerdas?, sí, ¿Y tu hermanita?, la enana está tomando su desayuno todos los días,

dice que mañana viene, como es día de visita, no tendrá problemas para entrar a verte. ¿Tú cómo...?, ah, un cieguito, ma, me ayudó, lo llevé hasta la puerta por donde entran los trabajadores y me hizo pasar como si viniera con él, y ella, ojalá no te vean hijo, te botarán como a perro, así tratan a la gente acá.

Callan, de nuevo no hay mucho de qué hablar, o mejor dicho, no hay nada bonito que contarle, algo para que se alegre. Y entonces, ¿ya has hecho la limpieza?, de nuevo miente, sí, ya limpié tu cuarto, para que esté bien cuando regreses, trapeé el segundo piso y mi hermana la cochera. Ah, también llamó mi papá, dijo que ya mandó plata. No, no le he dicho qué tienes, para que no se preocupe y que la operación salió de maravilla, como tú me dijiste. Va a salir todo bien, ¿no?, ya compré las cortinistas para tu cuarto, iremos a la casa pasado mañana.

Ella no le responde, parece tranquila, sonrío y vuelvo al periódico. Anda al costado, tráete una silla. Vuelve sufriendo cargarla, la pone a su costado, se sienta. Siguen sin decir nada, siente que están perdiendo el tiempo, piensa que debió traer un libro, y cuando decide quedarse el resto de la mañana, un vigilante, ¿tu pase?, él se excusa, no

debes estar aquí. No sabía que tenía que sacarlo y ahora quieren botarlo como a perro. Lo toma agresivamente del brazo, ella le dice que ya se vaya, que no importa. Él no quiere dejar a madre sola, se voltea contra el guardia, y cuando alza la mano para golpearle, ella lo detiene, le hace una venía, él se rinde, respira resignado, sortea al guardia molesto y, chau mamá, te quiero, mucho mucho. No le discute. La abraza fuerte, vendré a verte mañana tempranito, la aprieta. Ella, se vuelve a quejar, que su herida, que su herida.

Cruza el umbral, la putísima que me parió. Recibe una llamada. Decide volver a su cuarto, cuelga, se sienta sobre su cama, clava los ojos en la pared que todavía no ve y se queda ahí, inmóvil. No llora, solo siente el mismo agujero por el hambre. Pasan una, dos, tres horas, se para desvaído y triste, abre la puerta y ya no hay neblina. Decide ir al hospital de todas maneras, alguien tiene que.

Llega a la puerta y sabe que su suerte está echada, busca al ciego de ayer por pura curiosidad y no lo encuentra. Pasa por la puerta principal, pregunta cómo llegar hasta... los guardias no le toman atención y camina, perdido. Divaga entre sus pensamientos y sus pasos, reconoce las baldosas muy de medicina, se cruza con los mismos enfermos de ayer, los ojos grises y opacos. Pasea entre las habitaciones y piensa en cómo le dirá a su hermana que mamá ya no está, que mamá. Y de repente, hijo, él voltea. Del baño, reconoce el pijama rosa que le compró.